

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Jóvenes y política: aproximaciones al estudio de su relación con las instancias de representación.

Liliana Mayer.

Cita:

Liliana Mayer (2004). *Jóvenes y política: aproximaciones al estudio de su relación con las instancias de representación*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/639>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Jóvenes y política: aproximaciones al estudio de su relación con las instancias de representación.

Liliana Mayer

Facultad de Ciencias Sociales, UBA

lilimayer@yahoo.com

Introducción

Aproximarnos al estudio de los jóvenes, su relación con los partidos políticos y las instituciones estatales y sus percepciones acerca de las distintas instancias de representación, requiere un estudio y análisis de la realidad sociedad actual en la que los jóvenes están insertos. Como lo subrayan los distintos investigadores que han abordado temáticas relacionadas con la juventud (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1997; Urresti 2002) todo análisis acerca de este colectivo debe hacerse teniendo en cuenta los observables un diagnóstico general de la sociedad y no comparando la actual juventud con colectivos análogos del pasado.

La magnitud de los cambios ocurridos en los últimos 30 años en lo que se refiere al trabajo, la familia, formas de socialización y mediatización de la vida cotidiana hacen incomparable cualquier situación actual con alguna precedente en tiempos históricos, tanto para un análisis de los jóvenes y sus problemáticas específicas como para cualquier otro colectivo en cuestión.

En el caso específico de Argentina, desde la apertura del régimen democrático hasta nuestros días, la sociedad, cultura y sistemas políticos han sufrido constantes y grandes cambios. Al aproximarnos a estos cambios en relación con

su dimensión histórica, su variabilidad y evolución son aspectos a tener en cuenta en nuestro análisis.

En primer lugar, atestiguamos una creciente pérdida de legitimidad de las instituciones estatales y partidarias, que se constata entre muchas otras formas, en los estudios de opinión pública y cuyos niveles más altos se alcanzan en los años 2001/2002. La frustración de las expectativas de los electores es un factor decisivo a la hora de explicar la baja valoración política en América Latina y el resto del mundo. Más allá de la particularidad de cada caso, el desencanto con la política y la pérdida de identificación con las instituciones estatales son un fenómeno observado en todas las sociedades de occidente y que se extiende en la mayoría de las democracias contemporáneas¹.

El rechazo y la desconfianza hacia los partidos políticos y hacia las instituciones estatales y los sujetos que en ellos participan junto con la escasa y cada vez más decreciente afiliación e identificación política partidaria son sólo algunos observables de este fenómeno. Además de registrarse una caída en el rol representativo de los partidos políticos junto con un cambio de valoración y formas de relación de la ciudadanía hacia los asuntos públicos, se observa una pérdida de credibilidad de los dirigentes políticos, fundada en la mayoría de las veces en las promesas incumplidas junto con escándalos combinados con hechos de corrupción y delictivos. A esto se suma la influencia de los medios en dirección opuesta a la participación política y como nuevos articuladores de identidades. En segundo lugar, observamos una tendencia creciente a la desestructuración de los lazos sociales en ámbitos urbanos, culturales, políticos y laborales entre otros, cuya expresión más emblemática se manifiesta en los altos índices de

desocupación y de pobreza. En este sentido, sostenemos que los procesos de desestructuración de los vínculos sociales y de los sistemas en los que estaban insertos tuvieron como consecuencia que los actores –tanto individuales como colectivos- afectados por esos cambios, modificaran sus percepciones y valoraciones sobre la legitimidad de los partidos políticos y de las instituciones estatales en relación directa a los grados o niveles de deterioro que registraron sus inserciones en los tejidos sociales. Es por eso que sostendremos que en los 20 años transcurridos desde los inicios de la reconstrucción del régimen democrático, podemos observar dos procesos que son el eje de nuestro estudio y que luego los analizaremos en su relación específica con la juventud.

¿Qué significa ser joven?

Pocos conceptos son tan difíciles de manejar como el de juventud. Tal vez su dificultad máxima radique en que cuesta trabajo reconocer algún tipo de vínculo, relación o identidad entre los distintos sectores de jóvenes en una sociedad que presenta un grado de diversidad tan alta como la nuestra. Desde sus usos del sentido común adquirió significado en relación a distintas dimensiones, que van desde una definición por un estado de ánimo jovial, el agrupar bajo este colectivo lo novedoso y actual, en términos esencialistas, como un colectivo que tiene un valor *per se*: la que posee un alto porvenir. (Brito Lemus, 1996). El reconocimiento de objeto teórico que rija un análisis en base a este concepto data de los últimos años. Según Wortman (1998) el reconocimiento de este actor como tal se da a partir de la caída del funcionalismo y del análisis de las estructuras que se reemplaza por estudios acerca de las identidades culturales junto con el debate

modernidad- posmodernidad que incorpora la dimensión temporal en el análisis social.

El punto de inflexión en los estudios de juventud se encuentra en la conceptualización esbozada por Bourdieu (1990) que argumenta que la juventud no es más que una palabra. Desde su perspectiva –a la que adherimos- la noción de jóvenes constituye una manipulación, dado que sólo a través de un gran abuso de lenguaje pueden colocarse bajo un mismo concepto distintos universos sociales que tienen poco o nada en común, excepto compartir un tramo etario. Si esta conceptualización –como cualquier otra- es fruto de luchas históricas y políticas y producto de relaciones de poder entre las generaciones, entonces, la juventud no es un don natural, que se pierde con el tiempo sino una condición social con cualidades específicas que se manifiestan de diferentes maneras según las características histórico- sociales de cada individuo (Brito Lemus, 1996): la duración de la juventud depende de la urbanización, edad, condición económica y social, sistema social, género y región.

Como sostiene Bourdieu (1990), la juventud y la vejez no están dadas, sino que se constituyen mutuamente en la lucha entre jóvenes y viejos, y por el lugar que ocupa en la estructura social generacional, la condición juvenil resulta ser un status sometido a la subordinación, basada en la propiedad del saber y experiencia acumulada o dicho de otra manera, en el capital cultural acumulado por el tiempo y experiencia (Brito Lemus, 1996). Los jóvenes son quienes son más proclives a sufrir manipulaciones, ya que son quienes entran al campo sin capital². En virtud de su posición objetiva situada a medio camino -entre ser adulto y adolescente- los ocupantes de estas posiciones sociales constituyen el objeto de

clasificaciones opuestas y contradictorias por quienes, en la lucha política, tratan – o no- de atraerlos a su lado (Bourdieu, 2000).

En tanto producto social, se delimita por un proceso biológico y otro social: el primero lo diferencia del niño y el segundo del adulto. La diferencia más importante entre la pubertad y la fase juvenil ha de verse en que la primera es una etapa de maduración del individuo determinada por leyes fisiológicas y que si bien es modificada sociológicamente, está supeditada por procesos biológicos. En cambio, la fase juvenil se ve determinada de manera decisiva y fundamental por factores sociales (Allbeck y Rosenmayr, 1976). El surgimiento del sujeto juventud, en tanto sector de la sociedad con características propias, resulta del desarrollo de las fuerzas productivas de Occidente y consecuencia de la sociedad burguesa de preparar a los individuos para su integración efectiva a la vida productiva y social de una sociedad con características distintivas a la feudal. (Balardini, 2002).

Ariés (1989) en su desarrollo histórico sobre la juventud argumenta que este recorte etario fue la respuesta al desarrollo productivo de la sociedad burguesa: la juventud se educaba, y en la sociedad moderna, la educación es la base del desarrollo. Y la tendencia a la individualización de la sociedad moderna generó instituciones donde desarrollar un tendencia intrageneracional (las educativas) suponiendo el desarrollo afectivo de la escuela y familia. El carácter histórico, relacional y variable de las instituciones donde se desarrolla la juventud junto con las condiciones sociales a su vez históricas, relacionales y variables, configura diferentes juventudes. Hablar en la actualidad de juventud implica hablar de un tiempo de tránsito y un estadio específico, con identidad propia dentro de la vida del individuo. Tematizar acerca de ellos implica promover su protagonismo dentro

de la sociedad actual, sus especificidades, necesidades, demandas e incertidumbres concretas.

Analizando la sociedad actual 1: La desestructuración de los vínculos sociales.

Ya desde la década de los setenta se comenzó a registrar –a nivel mundial y particularmente en América Latina – un aumento considerable de la pobreza, inseguridad social, desocupación y exclusión de amplios sectores sociales que fueron –o debieron haber sido- atendidas como problemas de desintegración del tejido social. En este marco, la desestructuración de los lazos sociales, se inscribe como los quiebres o debilitamientos definitivos de determinados sistemas de relaciones sociales que daban sentido a las orientaciones de los actores individuales o colectivos que participaban en ellas (Bauman, 2001).

Para un mejor abordaje y comprensión de este fenómeno, resulta pertinente la distinción entre Primera y Segunda Modernidad (Beck, 2001). Para este autor, a diferencia de la Primera Modernidad, el período que va desde fines del a Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad se caracteriza por la merma del trabajo asalariado bajo las condiciones que surgen de la globalización y de las nuevas tecnologías de la información. Las sociedades típicas de la Primera Modernidad, se caracterizan del pleno empleo y por la noción de una sociedad que se constituye en el marco de un Estado Nación bajo el amparo de identidades de colectivas preexistentes, como clase, etnia o grupos religiosos homogéneos. Hoy encontramos debilitados los principios básicos de la solidaridad –en términos

durkheimianos- sobre todo al perder centralidad las regulaciones existentes en torno al trabajo (Ruiz, 1998:86).

La representación compuesta por la tradición sociológica a partir de las instituciones entendidas como máquinas productoras del orden social, perdió vigencia. En una sociedad que se fragmenta de manera creciente a la par que se destradicionaliza, la función organizativa de las instituciones pierde sentido. Entonces, la desinstitucionalización señala al menos un movimiento, sino corrimiento, en la forma de percibir la socialización (Berger y Luckman, 1995; Dubet y Martuccelli, 2000): al decir de Giddens (1976 y 1998), las normas y valores ya no devienen de las instituciones sino de la rutinización de las acciones, dejando de percibirse como trascendentes y por sobre las acciones de los individuos.

Liberados de las tradiciones e instituciones, los sujetos se perciben cada más individuos y menos engranajes de la sociedad. Como sostiene Beck (2001) no debemos decir que concluye la interacción social, sino que surge una nueva, emergente de la creciente individualización y creciente autonomía del sujeto, teniendo a este como pilar fundamental. La socialización es ahora, en las sociedades de la segunda modernidad o modernidad reflexiva, una actividad del actor y no la interiorización de esquemas culturales. En tanto es actividad, es constante y un trabajo de interpretación continuo y un esfuerzo por rendir cuentas a sí mismo y a los demás. Giddens (1976) es quien tal vez mejor describe este proceso: cada miembro de la sociedad, sostiene, es en mayor o menor medida, un sabio social. Esta reflexividad es de carácter práxico, sin ser pensada o teorizada por los actores. Todo actor es un sabio social, aunque ignora que lo es. Y a

menudo, construye teorías ex post que consolidan su ignorancia (De Ípola, 2001: 51)³.

Según Habermas (1985: 15), este giro reflexivo caracteriza nuestra era y debemos ubicarlo en el centro de las representaciones contemporáneas de la identidad, que adquiere una modalidad reflexiva, simultánea con el conocimiento de que son los individuos mismos y la sociedad, quienes construyen las identidades. Y es aquí donde el desencanto weberiano y la reflexividad son claves para nuestro análisis.

En tanto el desencanto por el mundo moderno impone desmitificación⁴, los actores, liberados de las tradiciones, sistemas de creencias y estructuras que organizaban su vida cotidiana abandonan su mirada ingenua abonándose a una creciente reflexividad que permite darle cuenta de sus acciones y de las de otros al margen de los grandes relatos de la modernidad. El ámbito político, es una de las esferas donde mejor se puede ejemplificar el giro reflexivo de las sociedades modernas y contemporáneas: el descreimiento, desafección y pérdida de credibilidad en los actores políticos difícilmente pueda explicarse argumentando que los políticos de antes eran mejor que los de la actualidad (Sidicaro, 2002). Son los sujetos de hoy, quienes al haber agudizado su mirada y desarrollar su reflexividad social, organizan sus acciones cotidianas desde la mirada crítica propia de la modernidad reflexiva (Beck 2001 y 2002; y Wagner, 1995)

Analizando la sociedad actual 2: La pérdida de legitimidad de las instituciones partidarias y estatales.

En tanto espectadores de excepción, presenciamos en la actualidad el singular cataclismo de las grandes concepciones que hasta hace poco organizaban la convivencia política e ideológica de las sociedades. Paralelamente a esta situación, surgió dentro de la reflexión académica de los últimos años, los análisis acerca de las organizaciones de representación política y de su legitimidad. En todas las sociedades avanzadas se presenta una tendencia a la erosión de la confianza pública en las instituciones partidarias y estatales. Este proceso internacional interiorizado en las sociedades nacionales se observa en el debilitamiento de los estados nacionales como un elemento clave para entender lo que sucede en la esfera política de los países de la tradición occidental.

En la mayoría de estos países, las ideas acerca de la condición de ciudadanía, de Estado de 'interés general' y de representación democrática sobrellevaron durante mucho tiempo con éxito las críticas que recibían de los extremismos de derecha y de izquierda que denunciaban el carácter formal de la igualdad política (Sidicaro, 2003; 134 y 135).

La pérdida y disminución de las capacidades estatales redujeron el margen de acción de los partidos políticos al mismo tiempo que se volvía general el decaimiento de la creencia general en la eficacia del sufragio. La tendencia al crecimiento de la autonomía de las personas que se alejan del acatamiento de las tradiciones, cuestionan actuales y viejas jerarquías y buscan nuevos valores creó - y continúa creando - dificultades en la persistencia de los partidos de la Primera Modernidad. Al debilitarse los tejidos sociales a los que estaban vinculados los

diferentes partidos, se hizo más difícil la representación política. (Sidicaro, 2003; 137).

Debido a las tendencias crecientes hacia la reflexividad social, autonomización, individualización y destradicionalización de los actores junto con la creciente reducción de funciones de los partidos políticos en las tomas de decisiones y acciones que desencadenaron rechazo, escándalos y descreimiento, la actual frustración de la ciudadanía sólo irá en aumento afectando de manera creciente las percepciones acerca de la legitimidad del sistema político y las instituciones partidarias y estatales.

Cuando hablamos de pérdida de legitimidad de las instituciones estatales y partidarias nos referimos entendemos las opiniones y prácticas sociales de carácter crítico que de manera creciente se expresan en la sociedad con respecto a estas instancias de representación social y de la dominación legal, tomando los conceptos weberianos como fundamentos de nuestra perspectiva con las reformulaciones contemporáneas que aporta la dimensión de violencia simbólica al respecto.

En las sociedades actuales, la legitimidad de la dominación legal se extrae de la ley. Sin embargo, afirmar la ley no hace a la legalidad sinónimo de legitimidad. Sin duda, es decisivo seguir los procedimientos admitidos pero no suficiente: la creencia en la legalidad presupone la legitimidad del orden que predica la ley (Coicaud, 1997; 34). Así, siguiendo a Weber, la legitimidad racional descansa en la creencia de la legalidad y de los valores de la legalidad

El hecho de que la creencia en la legalidad presuponga la legitimidad del orden enfatiza la idea según la cual el funcionamiento del derecho depende más del

reconocimiento de la validez de la coacción que impone que de sus condiciones formales de aplicación. Siguiendo este análisis, Berger y Luckman (1995) sostienen que la mejor manera de describir la legitimación en tanto proceso, es diciendo que constituye una objetivación de segundo orden. La legitimación produce nuevos significados que se integran a los ya establecidos y atribuidos a procesos institucionales dispares. Su función es, entonces, la de lograr que las objetivaciones de primer orden ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles.

Ahora bien. Ya en la teoría de Weber (1922) figura a el hecho de la legitimidad como leyenda del grupo dominante. Desde esta perspectiva, Weber argumentaba –de modo implícito por cierto- que la legitimidad no se limita a cumplir una función de autojustificación, en tanto que representa una mediación entre el mandato y la obediencia. Siguiendo con este razonamiento, concluimos en que los dominados aceptan la leyenda o ideología del grupo dominante como consecuencia de una falsa conciencia que les impide conocer o tomar conciencia de sus verdaderos intereses. (Serrano Gómez: 1994, 12)

Si la legitimidad no sólo representa una autojustificación mediante la que el grupo dominante busca justificar su posición, debemos explicar entonces cómo es que los grupos dominados producen y reproducen tal situación. La dimensión del consenso cobra importancia en este sentido. Al garantizar la legitimación la aceptación de la validez de un orden institucional por parte de a quienes se les exige obediencia (Serrano Gómez, 1994; 22), debemos apelar al concepto de violencia simbólica.

Desde la perspectiva de Bourdieu, la violencia simbólica es aquella que se ejerce sobre un agente con su anuencia. En este sentido, los agentes sociales son agentes conscientes que aunque estén sometidos a determinismos contribuyen a producir la eficacia de aquello que los determina en la medida en que ellos estructuran lo que los determina. (Bourdieu; 1987 y 2000).

Así, siguiendo esta perspectiva, en su análisis sobre el poder simbólico, Bourdieu (2000) explica que la cultura dominante no sólo contribuye a la integración real de la clase dominante, sino también a la integración ficticia y -por tanto a la desmovilización- de la sociedad en su conjunto. Contribuye también a la legitimación del orden establecido mediante el establecimiento de distinciones – jerarquías- y de su legitimación. Este efecto ideológico lo produce la cultura dominante disimulando también la misión de división bajo la de comunicación: la cultura que une es también la que separa y que legitima las distinciones obligando a todas las culturas a definirse por su distancia respecto a la cultura dominante. Ahora bien, ¿por qué los agentes aceptan la dominación?. Porque el individuo necesita legitimar su vida, buscando una justificación de por qué existe cómo existe. Y de esa manera, la violencia simbólica se constituye como la principal forma de reproducción social, como el medio más potente de mantenimiento del orden. Pero el consenso es sólo una de las dos dimensiones sobre la cual reposa la condición de percibir el orden como legítimo o ilegítimo en su defecto. La legitimidad no puede prescindir de la consideración de las normas, en tanto que supone un entendimiento de lo que se supone debe ser la actividad de gobernar. Desde el momento en que gobernar es un acto de derecho basado en que aquellos que gobiernan y quienes son gobernados acuerden sobre los valores que

quieren promover, (Coicaud, 2000: 27), la relación de reciprocidad debe tener en cuenta la identificación de la sociedad con los valores que se promueve. Es decir que la creencia en la validez de los preceptos permite a estos adquirir la cualidad de obligatorios o modelos a los que deben ajustarse las acciones. Entonces, el vínculo entre gobernantes y gobernados, dominantes y dominados, se da a través de la legitimidad.

Siguiendo el análisis de Weber (1922), a cada tipo de dominación le corresponde un tipo de legitimidad determinada: entonces para cada una de las dominaciones desarrolladas por este autor en términos ideales, corresponde un tipo de legitimidad. Cada dominación y legitimidad está asociada a un momento histórico determinado y si bien ese momento admite legitimidades y dominaciones de distinto tipo, hay siempre una predominante. En el capitalismo se introduce la dominación legal- racional como forma preponderante de dominio de unos sobre otros.

Declinadas las percepciones acerca de la legitimidad del orden, declinará también la eficacia de la relación de representación y la legitimación de las instituciones estatales y partidarias en cuestión. Cuando la existencia de una verdad se pone en cuestión, cuando la legalidad y legitimidad de los valores de la legalidad declina la creencia en la representación política.

Lo que declina, en definitiva, son las percepciones de los actores –individuales y/o colectivos- de la legitimidad del orden y de las instancias de representación. Dicho de otra manera: no son los partidos políticos ni las instituciones estatales los que aniquilan la noción de representación clásica. La crisis es anterior y más profunda, sin que por ello su actuación deje de acelerar la crisis: son su epifenómeno más

significativo y gráfico en la que la propia crisis de representación se manifiesta. (de Vega, 1998)

En otras palabras, la legitimidad es una forma de explicación y de otorgarle sentido a las orientaciones y acciones de los sujetos y validez a un determinado orden institucional, estatal y político: se trata de una forma de explicación y justificación de un orden. Al debilitarse el sistema de creencias que lo sostiene, se debilitan también las percepciones del orden que pretende sostener, y hacia los actores e instituciones que lo representan.

Pérdida de legitimidad de las instituciones estatales y partidarias, desestructuración de los lazos sociales y jóvenes: La dimensión generacional del problema.

El sentimiento de insatisfacción hacia las instancias partidarias y estatales es, como ya fue explicado, universal y compartido por los ciudadanos en mayor o medida, sin importar la latitud, edad ni género. Esta situación, lejos de manifestarse como reversible, presenta elementos que suponen una situación creciente de desafección política y grave frustración que induce a los ciudadanos hacia una desconfianza duradera en materia política y estatal. Y si bien es cierto que tanto jóvenes como adultos tienen desconfianza y desinterés por la política, los primeros son los más expresivos. En otras épocas, los jóvenes se vieron atraídos por la manera política de expresarse, mientras que en la actualidad, su expresión y rebeldía se manifiesta en formas de vestir, lenguajes transgresores y en ciertos procedimientos de ruptura ajenos a las formas de la política. Esto se

manifiesta en la cada vez menor afiliación partidaria y el desencanto general que se observa -entre otras maneras- en los altos índices de abstención y voto en blanco, así como en los estudios de opinión pública.

Si bien es cierto, como sosteníamos anteriormente, que se trata de fenómenos característicos y sintomáticos de las sociedades actuales que adquieren especificidades y singularidades para el caso argentino, no menos cierto es indagar acerca de la dimensión general respecto a estos temas que emerge al analizar a los “jóvenes”. Mientras que en las Elecciones Legislativas de 2001 el porcentaje del electorado *joven* que optó por el *voto bronca* en Buenos Aires alcanzó los 30 puntos, el promedio en el resto de la población alcanzó los 16 puntos (Equis, 2001). La pluralidad de situaciones y transformaciones dadas a partir de la globalización y de la apertura democrática rompen con el esquema clásico y dualista de la sociedad, que basado en actores antagónicos (propietarios- no propietarios) estructuraba a los sujetos y a las instancias organizativas. La nueva y compleja realidad debilita las antiguas formas de representar y organizar la sociedad abriéndose a nuevos cánones. Es por eso que junto a otros autores (Urresti, 2000; Sidicaro 1998; Tenti Fanfani, 1998), coincidimos en que todo estudio acerca de la juventud y de sus diversas prácticas debe hacerse dentro de un diagnóstico general de la sociedad, y no comparando la actual juventud con conductas del colectivo análogo de otros momentos históricos.

Por otro lado, es fundamental analizar las condiciones de vida de los jóvenes para poder pensar su relación con la política. En nuestro país, la población joven – entre 15 y 29 años-⁵ asciende al 26%, o sea, cerca de 10 millones de personas

son jóvenes en Argentina, en tanto agregado estadístico determinado por los organismos oficiales nacionales.

Dentro de este colectivo, el 60 por ciento de los hombres y mujeres viven en la pobreza; la tasa de desempleo entre los jóvenes duplica a la del resto de la población económicamente activa: es del 26 frente al 14 por ciento. Por otro lado, el 15 por ciento de los jóvenes no estudia ni trabaja, cifra que se duplicó desde el 2001 y uno de cada nueve jóvenes es jefe de hogar de familia reconocido. (Datos de la Dirección Nacional de Juventud, 2003).

La década de los noventa se caracterizó por hacer emerger y aumentar fenómenos como la desocupación y precarización laboral, procesos que fueron sufridos con especial énfasis en los jóvenes, muchos de los que nunca conocieron otros modos de inserción en el mercado y en la sociedad. El contexto recesivo que comienza a mediados de esa década y se profundiza hasta nuestros días junto con el insuficiente dinamismo se traduce –entre otras cosas- en la expulsión de los jóvenes de bajos recursos del sistema escolar y en el aumento del trabajo infantil y/o la temprana edad en el mercado laboral precario e informal en casi la totalidad de los casos. Estos fenómenos no sólo inciden en la perspectiva actual y a corto plazo sino que preparan las bases de una precarización, vulnerabilidad y exclusión creciente para el futuro cercano.

Los ejes desarrollados anteriormente alrededor del concepto juventud nos permitían entenderlo como un colectivo susceptible de manipulaciones y subordinaciones, entre otras cosas, por sus características intrínsecas de inserción en los diversos campos y por ser el período donde se configura la identidad y proyecto de vida. Cuando a estos fenómenos le agregamos el vivir en

condiciones de pobreza, la vulnerabilidad de los jóvenes se duplica y se constituyen como uno de los principales excluidos de la sociedad, dimensionando la exclusión en tres esferas. La *ocupacional* (o económica), esto es, la ausencia de inserción en el mercado de trabajo formal. La *exclusión política*, que refiere a la no-inclusión en canales de representación y de participación político partidaria y/o gremial. Y, por último, la *exclusión cultural*, es decir, la falta de inserción en el medio educativo institucional y el cierre al acceso a bienes culturales en el sentido más amplio del término.

Estas tres dimensiones se presentan a partir de desagregar analíticamente la exclusión como un proceso acumulativo que no acarrea la ruptura mecánica y automática de lazos sociales. En cambio, tiene lugar una profunda transformación de los vínculos y una serie de procesos de re-segmentación de espacios relacionales (trabajo, sindicatos, barrio, partidos políticos, etc.) en el curso de los cuales los actores se re-posicionan transitoriamente, con lo cual se abren oportunidades de constitución de sistemas de relaciones más informales que los que suponían las organizaciones tradicionales como los sindicatos o los partidos políticos. (Calvo, 2001)

Ahora bien. Nuestra hipótesis sostiene que en los jóvenes, las percepciones acerca de la ilegitimidad de las instituciones estatales y partidarias crecen a medida que aumenta la desestructuración de los tejidos sociales donde estaban inmersos.

En la actualidad la identidad como acto de apropiación simbólica abandona el dominio territorial para situarse en la dimensión del consumo transespacial, haciendo que jóvenes de diferentes geografías perciban que tienen más en común

entre sí que con sus pares de barrios vecinos. En este sentido, Maluf (2002) sostiene que en el contexto actual de globalización y modernización que conlleva a una individualización creciente, los jóvenes son los depositarios de los grandes vacíos simbólicos de las sociedades, ya que no se trata de una crisis de valores en la juventud, sino de las contradicciones entre las formas viejas y nuevas de comportamiento y valorizaciones a las que se enfrenta la sociedad en su conjunto y que se le atribuyen a los jóvenes. Por su parte, Kozel (2000) ilustra como reina dentro del grupo etario en cuestión un clima general de desesperanza, con variantes de intensidad, las cuales se deben a las filiaciones sociales en las que los jóvenes están insertos.

Los procesos dictatoriales aquí vivenciados dieron paso a formas democráticas de organización de la política, generando un clima de fervor y aceptación hacia los ideales de la democracia liberal antes nunca visto. La democracia y los simbolismos que rodeaban su resurgimiento, conformaron un elemento de ensamblaje social. Sin embargo, el entusiasmo que despertó la democracia en su reconstrucción se vivenció de manera efímera y produjo que la socialización de los jóvenes –o al menos de su gran mayoría- se diera dentro de la cultura de la no creencia y de las reiteradas crisis que debilitaron la relación representantes/ representados.

Si por procesos de desestructuración de los lazos sociales nos referimos a los quiebres o debilitamientos definitivos de determinados sistemas de relaciones sociales que daban sentido a las orientaciones de los actores, individuales o colectivos que participaban en ellas, sería erróneo suponer que a medida que ascendemos en la escala social y adquisición de capital cultural, disminuye el

desencanto y el descreimiento por las instituciones en cuestión. Por el contrario, los reclamos y descontentos hacia la dirigencia política –que tuvieron su pico máximo hacia diciembre de 2001 y que culminaron en el “que se vayan todos”- surgieron de los sectores medios y medios altos de la sociedad. Así, un estudio realizado por el Centro de Estudios de Opinión pública de la Universidad de Belgrano (COPUB, 2002), reveló que entre los jóvenes universitarios de distintas casas de estudio, el 55 por ciento nunca tendría interés por ser parte de una nueva generación de dirigentes políticos. Otro estudio (Suárez, Logarzo y Dean, 2001) reveló que dentro de los jóvenes de Capital Federal y Gran Buenos Aires, el 45 por ciento no tiene ningún tipo de participación política. Los estudios más sistemáticos desarrollados (Encuesta del Deutsche Bank 1992 y 1999) daban cuenta de estos fenómenos con anterioridad.

La tendencia al debilitamiento del rol representativo de los partidos políticos y el cambio en la relación de los ciudadanos con los asuntos públicos se registra en muchos países (Balardini, 2000), así como la articulación de un compromiso social y político frenado, centrado en la contradicción entre la voluntad de participar y la falta de canales legítimos y adecuados desde donde actuar (Benedit 2000).

Fenómenos que se objetivan y adquieren formas específicas en nuestro país y entre los jóvenes. La tendencia al debilitamiento del rol representativo de los partidos políticos y el cambio en la relación de los ciudadanos con los asuntos públicos se registra en muchos países (Balardini, 2000), así como la articulación de un compromiso social y político frenado, centrado en la contradicción entre la voluntad de participar y la falta de canales legítimos y adecuados desde donde

actuar (Benedict 2000). Fenómenos que se objetivan y adquieren formas específicas en nuestro país.

Las reiteradas crisis que se produjeron a lo largo de estas dos décadas –si bien debilitaron la relación de la sociedad con sus representantes y el apego de los sujetos hacia el régimen como tal- no son suficientes, como para acabar con el consenso general acerca de la democracia como la mejor forma de vida, de representación y gobierno. Los valores y aspiraciones -individuales o colectivos, se encuadran dentro de la democracia, como ideal mismo y como práctica.

Los jóvenes vivenciaron y vivencian la política desde la crisis institucional y desde su propia crisis de vacíos simbólicos. Y se enfrentan a la paradoja de transitar por un periodo que se alarga cada vez más y que combina cada vez más responsabilidades y un corrimiento de las actividades propias de ser joven.

Por otro lado, al darse la socialización de los jóvenes dentro de la cultura del descreimiento y a su vez de la naturalización de la democracia en tanto procedimiento, junto con la precarización de las formas de vida y de sociabilidad y con una integración social basada en proyectos individuales y destradicionalizados, enfatizan la desafección y crisis de representación entre los jóvenes que sienten que el vínculo con los representados se debilitó.

Si la juventud es por su naturaleza misma el periodo de la vida donde se moldea la identidad y proyectos de vida, no menos cierto es que es una etapa de incertidumbres. Construir identidades en un mundo donde estas se debilitaron, genera un vacío simbólico no comparable a los cuestionamientos del resto de la población adulta. A diferencia del resto de la población adulta, los jóvenes no solamente no vivieron el apogeo de la reconstrucción democrática en la Argentina

ni en otros en tanto *simples* espectadores. Mientras que miembros de otras generaciones mayores, vivieron situaciones traumáticas de exilios, persecuciones raciales y/o políticas y otras desventuras que los llevan a creer y respetar de manera más fuerte –aunque también debilitada- la democracia y sus instituciones. Nacer y socializar en un mundo donde la política se vive cada vez más con mayor exterioridad y como algo ajeno implica naturalizar esta situación y construir su relación con los representantes y las instituciones desde esos parámetros, desde un particular punto de vista (Bourdieu 2000). Por eso aunque podamos estar presentes antes jóvenes que crean, siempre lo harán en menor medida que los adultos. Entonces la politicidad de estos actores y su cultura política siempre será más débil: la politicidad da cuenta de la forma en que la cultura política es incorporada en y por los actores y encuentra una referencia más inmediata en las prácticas que genera, en el cómo se constituye una cultura política.

Bibliografía citada:

- Balardini, S: Prologo en La participación social y política de los jóvenes en el Horizonte del Nuevo Siglo. Sergio Balardini (comp.) CLACSO, Buenos Aires, 2000
- Bauman, Z: La globalización. Consecuencias humanas. Buenos Aires, FCE 1999
Modernidad Líquida. Buenos Aires, FCE, 2002
- Beck, U: La sociedad del riesgo global, Madrid, Siglo XXI, 2002
-El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa. Paidós, 2001.
-La reinención de la política: Hacia una teoría de la modernización Reflexiva. En Beck, U. , Giddens, A. y Lash, S. Modernidad Reflexiva. alianza Editorial, 2002
- Benedit *Participación social y política de los jóvenes de la Unión Europea,* en La participación social y política de los jóvenes en el Horizonte del Nuevo Siglo. Sergio Balardini (comp.) CLACSO, Buenos Aires, 2000
- Berger, P y Luckman, T: Modernidad, pluralismo y Crisis de Sentido. La orientación del hombre moderno. Barcelona, Piados, 1995
- Bourdieu, P: *La juventud no es más que una palabra,* en Sociología y Cultura, Grijalbo, México, 1990
Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción. Anagrama, Barcelona 1997
Capital cultural, escuela y espacio social, Siglo XXI, Bs. As, 1997
Intelectuales, política y poder, Eudeba, Bs.As., 1999
La Miseria del Mundo, FCE, Buenos Aires, 1999

¿Qué significa hablar? Madrid, 1998

Poder, Derecho y Clases Sociales, Desclee. 2000

- Brito Lemus, R *Hacia una sociología de la Juventud*, en Revista Jóvenes, Cuarta época, Año 1, nro. 1, México 1996

- Cicourel, A: El método y la medida en Ciencias Sociales, Madrid, 1982

- De Ipola, Emilio: Metáforas de la política, Homosapiens, Rosario, 2001.

Investigaciones Políticas, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires, 1989.

La Crisis del lazo social, Eudeba, Bs. As., 1999.

- Demoskopía (encuesta para el Deutsche Bank), Jóvenes hoy. Planeta; Buenos Aires 1998

- Dubet, F y Martuccelli, D, ¿En qué sociedad vivimos? Losada, Buenos Aires 1997

- Durkheim, Emile: Lecciones de Sociología. Física de las costumbres y del derecho y otros escritos sobre el individualismo, los intelectuales y la democracia, Miño y Dávila, Bs. As., 2003.

- Giddens, A: Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales. Madrid, Cátedra 1998

- Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Ediciones Península, Barcelona, 1995

La constitución de la Sociedad. Amorroutu, Buenos Aires, 1998

- Kozel, A, *Los jóvenes y la política. modulaciones de un escepticismo general*. En Mario Margulis (comp.) La juventud es más que una palabra, Biblos, Buenos Aires 2002

- Lorenc Valcarce, F: "El Peronismo que no Miramos: Prácticas Locales y formas de Reconocimiento en la Política Local", Bs. As, 1998, Instituto Gino Germani, Área de Investigación Cultural.
 - "La democracia argentina bajo presión. Orígenes, desarrollo y perspectivas de la crisis política", en IIG-BIBLIO, DHIAL N°34.
- Maluf, N: *Las subjetividades juveniles en riesgo*. Trabajo presentado para el Seminario "Jóvenes y Sociedad de la Información", Barcelona, 2002
- Pucciarelli, Alfredo: "Una asignatura pendiente" en Revista Argumentos, Instituto Gino Germani, Bs. As. 2002
- Saltalamacchia, H: El proyecto de Investigación: escritura y redacción. Puerto Rico 1997
- Sidicaro, R: *Consideraciones sociológicas sobre la Segunda Modernidad*, en Revista Estudios Sociales nro. 24, año 2003
- Sidicaro, R y Tenti Fanfani, E: La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación. UNICEF– Losada, Buenos Aires 1998
- Urresti, M: *Paradigmas de participación juvenil, un balance histórico*, en La participación social y política de los jóvenes en el Horizonte del Nuevo Siglo. Sergio Balardini (comp.) CLACSO, Buenos Aires, 2000
- Wagner, P: Sociología de la Modernidad. Libertad y disciplina. Herder, Alemania, 1995
- Weber, Max: *Economía y Sociedad*, FCE, México DF, 1922

¹ Más allá de los estudios puntuales que se realizan acerca de la credibilidad de los partidos políticos y de sus dirigentes, existen trabajos que intentan medir la *confianza* en las instancias estatales y partidarias de manera de más sistemática. Un ejemplo es el caso del Latibarómetro. Según este estudio, la confianza en el Poder Legislativo Nacional argentino alcanzó su punto más bajo en el 2002, con sólo un 9 por ciento. Este mismo año marcó el índice de confianza más bajo en el Gobierno siendo de apenas un 7 por ciento y en el Presidente de un 27 por ciento. Si bien de los cuatro países estudiados (Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil) el nuestro es el que casi por unanimidad alcanza los niveles más bajos en las distintas mediciones de confianza, la tendencia a la pérdida de legitimidad se observa en todos los casos. Citamos este estudio como caso emblemático más allá de los cuestionamientos teórico metodológicos que le realizamos al mismo.

² Cuando nos referimos a la noción de Capital, lo hacemos teniendo en cuenta los diferentes tipos de Capital desarrollados por la teoría de Bourdieu. En particular, en *Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social* (2000: 131- 164), el autor explica las nociones de cada capital. El económico, es el expresado en dinero y títulos de propiedad que posee o no una persona. Luego el capital social constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimientos y reconocimientos mutuos. O dicho de otra forma: se trata de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo.

Por último, el capital cultural que puede existir en tres formas o estados: interiorizado o corporizado, en estado objetivado y finalmente como estado institucionalizado. Lo que nos interesa resaltar a partir de esta diferenciación interna dentro del capital cultural es que la acumulación de cultura presupone un proceso de interiorización que implica un proceso de aprendizaje y enseñanza. Esto quiere decir que uno invierte tiempo y una forma de afán y por ser jóvenes por relación directa, la cantidad de tiempo invertido tanto en acumulación de capital cultural como social es siempre menor a la de un adulto.

³ El concepto de *reflexividad* (Giddens, 1998: 40-41, 43) nos es útil para dar cuenta de las características específicas de auto referencia y autonomías de la *politicidad* de los sujetos. El registro reflexivo se identifica con como parte de un conjunto de propiedades de la acción de los actores, que conforma de manera definitiva las características que hacen a la dinámica del tejido social cuya constitución y (re)constitución está en juego. Por **politicidad** entendemos las dimensiones referidas a las sensibilidades políticas de los actores, a sus creencias, sus actitudes y sus formas de relacionarse con los debates y decisiones de la esfera pública. Son iniciativas u orientaciones que no se constituyen estrictamente como discursos estructurados conceptualmente con llamamientos a la acción que incluyan una proyección social global o proyectos de cambio político. Esta dimensión de creencias y actitudes se conforma en la práctica concreta y cotidiana de los actores y va definiendo lo que para ellos es hacer política. Así, cuando nos referimos al concepto de cultura política aludimos al universo de significados que la política y el hacer política tiene para los actores. Esto incluye la referencia a la experiencia anterior como constitutiva de la percepción y significación actual de prácticas, y la resignificación que se opera en el plano de la memoria. (Calvo, 2001).

⁴ La globalización y radicalización de la individualización son procesos que ponen al modo tradicional de sociedad en cuestión, procesos que Beck (2001) denomina la radicalización de la modernidad: en el cambio de valores que actualmente se viven, conceptos como autoridad, centralización y grandeza son puestos en cuestión. En las sociedades donde primaba una fuerte tradición industrial, los caudillos políticos están conociendo un gran desprestigio que difícilmente pueda explicarse argumentando que los miembros de los partidos políticos y/o funcionarios públicos sean hoy menos competentes que sus predecesores. La decadencia de la adhesión política se percibe como un cambio fundamental en cuanto actitudes y percepción de valores. (Beck, 2001). El gran relato de la modernidad se agotó. El desencanto del que hablaba Weber (1922) terminó por imponerse: la razón liberadora y moral se degrada hasta convertirse en simple instrumentalización, vaciando la experiencia individual de calor y sentido. El sujeto moderno se perdió en la sociedad de masas, en el control de las necesidades y de las identidades por parte de las industriales culturales. Debilitado el funcionalismo y con él las metáforas acerca de la totalidad abarcadora de la sociedad, la idea de la misma ya no evoca una totalidad funcional o teleológica: la idea misma de sociedad, que era trascendental y concreta, pasa a ser abstracta. (Dubet y Martuccelli, 2000: 42-44)

⁵ Si bien nuestro estudio en las etapas posteriores de análisis se centrará en los jóvenes de 24 a 29 en Ciudad de Buenos Aires años, damos aquí un panorama general del grupo etario en cuestión en Argentina. Las razones de nuestro recorte analítico se basan en que nos permitirá reconstruir su socialización a partir de su inserción en una sociedad desencantada en relación a las instancias partidarias y estatales, analizando actores

que no vivieron el apogeo que generó la reconstrucción del régimen democrático. El conglomerado elegido se debe a las posibilidades reales y concretas donde realizaremos nuestro trabajo de campo.